

La entrada de los ejércitos revolucionarios a la ciudad de México (1913-1915)

BEATRIZ A. ALMANZA HUESCA

INTRODUCCIÓN

HABLAR DE LO COTIDIANO en un proceso histórico como la Revolución mexicana significa un ejercicio de profunda reflexión, ya que si tomamos como lo cotidiano, “lo diario, de todos los días”, el rescate de ese acontecer común nos lleva a descubrimientos que parecen difíciles de captar, en un período en el cual la supervivencia era el acontecer de todos los habitantes que vivieron en la ciudad de México durante los años de lucha armada.

La realización de este trabajo empezó con la inquietud que despertó lo que Luis González designa como la microhistoria, esto es, la historia de una ciudad extraída de toda una historia nacional. Sin embargo, a pesar de que manifiesta que “la microhistoria sólo se ocupa de acciones humanas importantes por influyentes, separa los episodios significativos de los insignificantes, selecciona los acontecimientos que levantaron ámpula en su época o los representativos de la vida diaria” (González y González 1973:28), entra en esta historia el acontecer de aquellos sucesos que eran la vida diaria de una ciudad, como por ejemplo, cómo lograron sobrevivir a pesar de la adversidad y del estado de guerra en el que estuvieron inmersos.

Al referirnos a la vida cotidiana nos remitimos al acontecer diario del actor social, incluso sin que tenga que hacerse una división en clases sociales. No obstante, en este estudio sí tendremos que delimitar a las clases sociales porque son insoslayables las actividades diversas de las clases “pudientes” y las “empobrecidas”, estas últimas para sobrevivir ante una situación de verdadera crisis.

El contexto de la ciudad de México, referencia de este trabajo, se caracterizó por diversos acontecimientos que marcaron la historia de nuestro país: primero el golpe de Estado asestado por Huerta en la famosa Decena Trágica en febrero de 1913; segundo, en agosto de 1914 la entrada de las fuerzas constitucionalistas para rescatar al gobierno de la República con Obregón, González y Carranza a la cabeza; tercero, a finales de 1914 la entrada de los ejércitos convencionistas que habían roto relaciones con Carranza y colocado a Eulalio Gutiérrez a la cabeza del gobierno de la ciudad de México; finalmente en marzo de 1915 la convención salió de la ciudad, entrando así las fuerzas carrancistas para recuperar el poder.

Toda esta serie de entradas y salidas de ejércitos, necesariamente dieron diversos matices a la vida diaria de la gente en la ciudad, muchas veces adaptándose a la preferencias de cada ejército; de ahí que muchos historiadores tachen de “pasivos” o “convenencieros” a los habitantes de la capital.

Sin embargo, algo que queda claro es lo difícil que pudo ser para los residentes de la ciudad de México ver desfilar en sus calles, teatros, plazas de toros y parques a personajes con diversas ideas sobre la Revolución y que además representaban intereses encontrados que provocaron diversos disturbios. Precisamente una de las justificaciones de la realización de este ensayo es tratar de abarcar íntegramente la vida que engloba a familias, grupos, lenguajes, artes, bienestar y malestar que formaban parte de esa cotidianidad y construir así esa otra versión de la historia de nuestra nación.

Dado que el tiempo no nos permite recobrar muchos testimonios que pudieran ser valiosos para la construcción de este trabajo, lo que principalmente se tomó como base de datos fueron narraciones, algunas novelas de la Revolución, testimonios de historia oral, las fotos tan reveladoras de Casasola, así como algunos datos extraídos de periódicos y revistas de la época, a fin de cubrir una parte muy general de esa vasta vida cotidiana que debió prevalecer en esos años, pues a pesar de los disturbios militares, la gente luchó para vivir y a veces sobrevivir a pesar de las adversidades.

EL DIFÍCIL ARTE DE HACER HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA

Casi siempre los actores o personajes abordados por la microhistoria son iletrados y no generan escritos probatorios de su vida y virtudes, por lo que recurren a la historia oral a través de entrevistas, charlas con la gente común y cuestionarios que pueden resolver problemas difíciles y revivir noticias valiosas.¹

A través de los periódicos y las revistas podemos dar cuenta de lo que se constituía como trascendente, lo cotidiano para la gente de esta época, a pesar de que hay que advertir que en ese momento sólo leía periódicos y revistas un reducido número de habitantes debido al alto nivel de analfabetismo y a la situación económica, sin que ello impidiera a la gente común narrar, relatar lo vivido, a través de la memoria.

En el caso de las novelas tendríamos que tener un poco de cuidado, ya que las novelas sobre la Revolución están cargadas de un gran carácter autobiográfico, por lo que nos presenta muchas veces la posición del narrador frente a lo narrado. Así, la vida, el lenguaje, el tiempo, el espacio, el mundo como tal, están centrados en un yo consciente de su unicidad (Fell, 1991:420). La lectura del pasado se hace según criterios de selección, reconstrucción y creación, marcados con alto grado de subjetividad.

¹ De ahí precisamente se rescató una parte de los testimonios publicados por algunos sobrevivientes del período revolucionario plasmado en *Mi pueblo en la Revolución*; sin duda este material resultó ser de lo más interesante y significativo para el presente trabajo.

En cuanto a las novelas que hablan de la Revolución y de las cuales algunas serán retomadas para este trabajo, sería pertinente manifestar lo que al respecto nos dice Claude Fell, de las distintas modalidades que se presentan:

a) *Relato autodiegético*. En donde el narrador ha sido testigo y actor del proceso revolucionario; está directamente implicado con el relato, con la salvedad capital de que la narración es posterior a lo narrado; la información del narrador difiere notablemente de la información del protagonista. Son memorias, testimonios en donde el hecho de escribir permite una indudable distancia y actitud reflexiva, cuando no catártica, frente a lo narrado.

b) *Relato homodiegético*. En éste, el “yo” vive y cuenta las peripecias revolucionarias de un personaje de ficción inventado por el autor, el cual pudo —o no— haber tomado parte en el proceso revolucionario, pero que no se pone a sí mismo en escena.

c) *Relato de vida o historia de vida*. Corresponde a lo que podríamos llamar una biografía mediatizada, en donde alguien (historiador, sociólogo, etc.) permite que otra persona cuente su vida en primera persona, grabándola o escribiéndola.

El motivo por el cual se incluye esta explicación, es porque al ir retomando los testimonios de las personas que vivieron en esta etapa, casi siempre se trata de alguien que hace un relato de aquello que vivió, pero sin olvidar que estos personajes colocan en sus narraciones algo subjetivo. Esto es explicable si tomamos en cuenta que están o estuvieron inmersos en un contexto social, en donde están impregnadas diversas ideas o ideologías que marcaron su forma de ver la vida.

Por otro lado, las fotografías que nos presentan los diferentes artistas y que captaron el acontecer de esos momentos, son otro de los instrumentos importantes y básicos para tener un acercamiento a esa vida cotidiana. Aunque también es cierto que la toma de las fotografías están cargadas de subjetividad, ya sea por el lugar, el ángulo o la forma en que fueron tomadas, no dejan de ser representativas para darnos una idea de lo que se veía en esos momentos. Para el presente trabajo retomamos algunas fotografías que tratan de reflejar cómo vivía la gente en esos momentos y principalmente en el período que nos ocupa.

LA ESTRUCTURA FÍSICA DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y EL GOBIERNO DE VICTORIANO HUERTA

Antes de comenzar con nuestro relato de vida cotidiana, es importante presentar cómo estaba constituida la ciudad de México en el período revolucionario a fin de tener una idea de cuál era la estructura física de la gran capital y así ubicar por dónde llegaron los diferentes ejércitos y sus zonas de influencia. Durante la primera mitad del siglo XIX la ciudad de México creció muy lentamente, sin embargo, el Distrito Federal se constituyó a partir de la ley expedida por el Congreso Constituyente del 18 de noviembre de 1824, y comprendía, además de la ciudad de México (centro actual), los poblados de Guadalupe-Hidalgo, Azcapotzalco, Tacuba, Tacu-

baya, Mixcoac e Iztacalco; en 1852 se incorporaron las municipalidades de Iztapalapa, Popotla, Ladrillera, Nativitas y Mexicalcingo, y en 1855 se agregaron los territorios de las prefecturas de Tlalpan, Xochimilco, Santa Fe, Cuajimalpa, Tlalnepantla y Texcoco (Berra Stoppa, 1982:8).

Ya para las postrimerías del porfiriato, la ciudad de México experimentó un notable crecimiento debido a diversos factores: la introducción de los ferrocarriles a partir de 1870, que unieron a la capital con diversos centros de exportación; la presencia de importantes grupos económicos, y el surgimiento de los tranvías que permitieron la comunicación con las diferentes municipalidades o prefecturas (como solía llamársele a las delegaciones). En 1858 el área de la ciudad de México era de 8.5 km²; para 1910 se amplió 4.7 veces llegando a ocupar una extensión de 40.5 km² (Morales, 1987:189). Esto se vio acompañado de un crecimiento demográfico, y para 1870 la urbe contaba con 200 000 habitantes. En 1910, según el Censo General de Población, existían ya 471 066 pobladores.

Así, entre 1900-1910 las características del crecimiento de la ciudad fueron las siguientes: en el suroeste surgieron colonias dirigidas a las clases pudientes porfiristas, las cuales contaban con una urbanización previa, con grandes avenidas y todos los servicios: entre las más representativas tenemos a las colonias Roma, Condesa, Cuauhtémoc, etc. En el norte y el oriente se crearon las primeras colonias para trabajadores que no siempre tuvieron desde sus inicios los servicios necesarios, éstas eran: Vallejo, Peralvillo, Rastro, Manuel Romero Rubio, etc. (Berra Stoppa, 1982:98).

Los sucesos ocurridos entre 1910 y 1921 afectaron la dinámica demográfica del país y particularmente de la ciudad de México. Esto se debió a dos elementos muy importantes: el primero se refiere a la creciente mortandad provocada por el movimiento armado y por las enfermedades de la época, las hambrunas y epidemias, cuyo saldo se calcula en un millón de víctimas; el segundo fue que se dieron importantes movimientos de población de localidades rurales y urbanas hacia aquellas ciudades que ofrecían mayores condiciones de seguridad, como fue el caso de la ciudad de México y que constituyó el principal refugio de los emigrantes de provincia: absorbió el 60.3% del crecimiento de la población urbana de todo el país en la década que se menciona. Así, la población se duplicó y la mancha urbana se triplicó en superficie, en comparación con su extensión en 1900. A este respecto Cruz Rodríguez señala lo siguiente (1992:52):

CRECIMIENTO DE LA CIUDAD DE MÉXICO 1900-1930

<i>Año</i>	<i>Superficie</i>	<i>Población</i>
1900	27.7 km ²	541 000
1910	40.1 km ²	721 000
1921	46.3 km ²	906 000
1930	86.0 km ²	1 230 000

FUENTE: Oficina Plano Regulador, DDF.

La ciudad creció a través de la formación de numerosas colonias urbanas que se extendieron hasta llegar a pueblos y villas periféricas, lo que sirvió para agudizar los problemas urbanos referentes a la introducción de servicios y al surgimiento de nuevos actores sociales como los fraccionadores y colonos.

Se mantuvo el modelo de urbanización del porfiriato, los fraccionamientos privilegiados que se localizaron al poniente y al sur (Reforma, Chapultepec Hights, Anzures), debido en gran medida a las características ecológicas de la zona, ya que se consideraba la más salubre, con más vegetación y más protegida de las inundaciones. En el norte se localizaban el Rastro y un gran número de fábricas y talleres; por ejemplo en el *El Herald del Hogar* del 15 de abril de 1913, se presenta un anuncio de esos fraccionamientos que se estaban iniciando y la venta de terrenos en la colonia Santo Tomás, prolongación de la Santa María “con frente a la Tlaxpana, ya que tiene su drenaje completo, su distribución de agua con presión, vende en condiciones de pago excesivamente fáciles”. Fue en esta región y en el oriente donde se ubicaron las colonias proletarias y barrios fabriles. El centro perdió su aire residencial pero conservó su importancia como núcleo administrativo y comercial (Almanza Huesca, 1992:10).

De 1911 a 1920 se crearon en la ciudad nuevas colonias, todas para trabajadores: Chopo, Eduardo de la Cueva, Peralvillo, Daniel Garza, La Paz, Balbuena, San Simón Tolnáhuac, Atlampa y Los Tanques. De 1920-1928 se formaron 32 colonias para diversos grupos sociales (obreros, clase media, burocracia, etc.) sobre terrenos de las municipalidades más cercanas a la ciudad.

Así, en el período 1910-1920, la ciudad de México o capital de la república, abarcaba las municipalidades de: Azcapotzalco, Coyoacán, Cuajimalpa, Guadalupe-Hidalgo, Iztapalapa, Milpa Alta, ciudad de México (centro), Mixcoac, San Ángel, Tacuba, Tacubaya, Tlalpan y Xochimilco.

Entre 1910 y 1920, en la ciudad de México, la Revolución fue el caos o la reglamentación del caos, pues en medio del alud de gobernantes y caudillos se trataba de una ciudad en “apariencias”; por ejemplo, la sombra del desfile de zapatistas y villistas, de rostros desafiantes y atuendos que el cine, después, expropió para sus grandes producciones “nacionalistas”. Sin embargo, los genuinos elementos de cambio fueron mucho menos espectaculares: los inmigrantes que llegaban por oleadas huyendo de la violencia física o de la falta de servicios, participando de las distintas tácticas de expansión de las colonias, además de enfrentar graves problemas que se les presentaban como abastecimiento de agua potable, saneamiento, drenaje y pavimentación.

Una vez planteada esta estructura de lo que era la ciudad de México en esos años de lucha armada, pasemos a las distintas narraciones que nos dan una visión de lo acontecido en la ciudad durante esos años en los cuales la entrada y salida de las distintas tropas fue parte de la vida cotidiana de esta gente. Como lo cita Ramírez Plancarte (1939:9),

Una evocación de esa cruenta época en que, mientras unos ofrendaban su vida en el campo de batalla en aras de altos y nobles ideales libertarios, otros, los más ofrendábamos también a esos mismos anhelos la amargura infinita de ver nuestros pobres hogares abatidos por la desesperación y la miseria y a nuestros hijos desfallecer y morir lentamente de inanición; una evocación de tal índole que fuera fiel trasunto de ese tiempo.

Lo medular de este trabajo es la forma en que vivían los habitantes, las entradas y salidas de los ejércitos a la ciudad, símbolo de poder. Por ello, es conveniente que veamos qué sucedió con la usurpación del poder por parte de las fuerzas huertistas en febrero de 1913, hecho conocido como la Decena Trágica por los violentos combates entre las fuerzas huertistas y maderistas en la Ciudadela, y gracias al cual, una vez consumado el asesinato de Madero y Pino Suárez se proclama presidente a Victoriano Huerta. Sin embargo, como no es intención contar la historia ya escrita por otros, sólo nos referimos en cada período a datos específicos que nos ayudarán a ilustrar qué sucedía en la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad de México.

Por ejemplo, uno de los hechos que se ven constantemente en las narraciones es la imposición de la leva, al grado de que muy pocos eran los hombres que se atrevían a transitar por las calles después del atardecer y, desde luego, fueron los más pobres los que primero empezaron a desaparecer. Así, en camiones se recogía a cuanto hombre encontraba en las calles, haciendo caso omiso de la tarjeta de identificación expedida por los talleres y fábricas donde trabajaban. Lo que empezó a ocurrir fue que los que salían siempre iban acompañados con una criatura en brazos, aunque para muchos incluso esto no les sirvió para nada. Lo mismo sucedía con los vendedores ambulantes, por lo que la ciudad parecía un espectro al empezar a obscurecer.

A los habitantes de la ciudad les tomó por sorpresa lo ocurrido en la Ciudadela y son constantes las narraciones del impacto de ver pasar los carruajes con heridos o muertos amontonados como “reses”, mismos que fueron enviados a los llanos de Balbuena para que fueran quemados y evitar así las epidemias.² Mucha gente tuvo que cambiar de residencia ante dichos acontecimientos, teniendo que vivir en casa de sus parientes y lejos de la Ciudadela.

Es importante hacer señalar aquí que a pesar de los sucesos de la Decena Trágica esto no significó grandes problemas para algunos habitantes, ya que por ejemplo, en la temporada de posadas se celebró la acostumbrada feria de la Alameda, en donde se instalaba una serie de barracas hechas de lona o manta en las cuales se vendían piñatas que representaban todo género de personajes y animales. Había carros, indios y payasos, y según el testimonio, esto daba muestra que a la gente no le importaba la Revolución (en esta primera etapa): hicieron piñatas simulando

² Testimonio de Marcial Martínez Becerril, en *Mi pueblo en la Revolución*, p. 33.

zapatistas con calzón blanco, gran sombrero de charro y no faltaban el uniforme carrancista que consistía en sombrero texano, guerrera y polainas, “tacos” o botas “federicas”.³

El aspecto que presentaba la ciudad en ese momento era de edificios destruidos por la artillería, y la población fue obligada a permanecer en sus casas ya que los combates duraban día y noche. Sólo se avisaba de una tregua de una o dos horas para que los habitantes salieran a sus casas a buscar alimentos y se pudiera incinerar a quienes habían muerto en la vía pública.

Yo por ejemplo vi montones de muertos en las calles, se movían al ser incinerados lentamente con petróleo o gasolina, abrían los ojos, movían los brazos, piernas, los dedos por el efecto del fuego.

Todo el alumbrado público estaba apagado por disparos de uno y otro lado; caminamos como fantasmas por las calles de Balderas, saltando sobre cadáveres de caballos y de rurales masacrados. La Cruz Blanca neutral y la benemérita Cruz Roja no se daban a basto con los heridos, muchos de éstos murieron al desangrarse.⁴

Así, por ejemplo, para las clases pudientes el golpe de Estado de Huerta no modificó sus costumbres y tradiciones, ya que consideraban que sólo era un cambio de poder entre el porfirismo y el huertismo, pues éste siempre mantuvo estrechas relaciones con la burguesía capitalina y los hacendados, a quienes recurrió con frecuencia. De esta manera mientras se llevaba a cabo la lucha contra Huerta en el norte, la *high-life* no veía razón para alterar su modo de vida: “los habitantes del centro en cambio, asistimos al drama con cierta tranquilidad de egoístas burgueses. Los regocijos públicos no se interrumpen: kermesses, banquetes, teatro, todo continúa como si viviéramos en una eterna primavera (Rutherford: p. 307).

En los espectáculos, por ejemplo, tanto en *El Imperial*, como en *La Guacamaya* o la *Revista de Revistas*, había constantes anuncios sobre las diversiones que subsistían durante el período en el cual Huerta estuvo en el poder, y esto se entiende porque muchos de quienes apoyaban a Huerta pertenecían a la aristocracia porfirista que veía en este general la posibilidad de recuperar sus privilegios.

Eran constantes las corridas de toros en “El Toreo”, en donde Rodolfo Gaona, Luis Freg, Vicente Panto y Juan Belmonte eran la principal atracción. Durante junio de 1913 y hasta enero de 1914, se anunciaban a menudo estas corridas que tanto gustaban a los aristócratas, no descartando la posibilidad de que las clases más pobres hayan acudido a dichos espectáculos, pues por ejemplo, los precios en junio de 1913 eran de \$4.00 en sombra y \$1.50 en tendido de sol y en enero de 1914 eran de \$6.00 en tendido de sombra y en general \$2.00.⁵

³ Testimonio de Luis Ríos Montañez, *op. cit.*, p. 28.

⁴ Testimonio de Eduardo Vargas Sánchez, *op. cit.*, p. 153.

⁵ “Del pueblo y por el pueblo”, *La Guacamaya*, Época III, núm. 1, año IX, publicación dominical, director Dr. Fernando P. Torroella, México, 1913.

En cuanto a los espectáculos, existía una revista semanal encargada de hacer promociones de los diferentes artistas y sus variedades, a fin de dar servicio a quien lo solicitase, además de que tenía un directorio de todos los artistas de esa época.⁶ Existía una constante difusión de los espectáculos que se llevaban a cabo en la ciudad de México. Por ejemplo, era muy común el teatro en sus distintos géneros. El Teatro Hidalgo, que ofrecía luneta por actos a 25 centavos, el Teatro Ideal con la primera actriz Ma. Luisa Villegas (único teatro con calefacción eléctrica) ofrecía función de moda a las siete de la noche y nocturna a las nueve, además de las matinés a las cuatro de la tarde. En el Abreu se presentaba Esperanza Iris Gutiérrez y su compañía de operetas vienasas que costaba \$5.00, y la comedia y el drama estaban también representadas en los teatros El Mexicanito y Díaz de León.

En estos años también se jugaba a la Lotería y el 21 de enero de 1914 se llevó a cabo el sorteo de 200 000 pesos (el entero costaba \$4.00 y el vigésimo 2 centavos); el 5 de enero de 1914 y durante los días 6, 13, 20 y 27 del mismo mes se llevaron a cabo los sorteos de 10 000 pesos (el entero costaba \$2.00 y el vigésimo 10 centavos). En febrero se ofreció un premio de 10 000 pesos los días 3, 10, 17 y 24 (el entero a \$2.00 y el vigésimo 10 centavos); el premio mayor en marzo 3, 10, 17, 20 y 31 fue también de 10 000 pesos (el entero a \$2.00 y el vigésimo a 10 centavos); en abril de 1914 el premio para los días 7, 14, 21, 28 fue de 10 000 pesos (el entero a \$2.00 y el vigésimo a 10 centavos).⁷

En cuanto a los anuncios de los artículos que se vendían a las clases pudientes, son constantes los anuncios en la *Revista de Revistas* de los abrigos de última moda de tela inglesa con precios desde \$19.50 hasta \$28.00 en el Palacio de Hierro y en el Puerto de Veracruz, el cual incluso vendía rebozos de diversos tipos y precios: de seda \$5.00, de tornasoles \$5.50, cuadrillé \$7.50, pura seda \$8.50.⁸ En cuanto a las zapaterías, también esta revista publica los precios de sus zapatos Borcegui, para el campo y las minas con triple suela a \$7.50 y para la ciudad la zapatilla Glace negra muy fina y elegante a \$6.50.⁹

El 8 de junio, por iniciativa del gobernador del Distrito Federal, varias señoritas de las mejores familias metropolitanas decidieron patrocinar una *kermesse* para el domingo siguiente en el "Automóvil Club", para la construcción de una casa para niños pobres. En el caso de este club es importante señalar que a finales del siglo XIX al igual que el Jockey Club sólo admitían a miembros de la oligarquía y era ahí donde se discutían negocios, los agentes del capital extranjero tenían ocasión de conocer y escoger abogados para sus firmas comerciales, además de proyectarse

⁶ *El Disloque*, revista semanal ilustrada de espectáculos, artículo de 2a. clase, director y propietario, Vicente A. Galicia.

⁷ *El Disloque*, enero, febrero y marzo de 1914.

⁸ *Revista de Revistas*, 16 de marzo de 1913.

⁹ *Revista de Revistas*, 16 de marzo de 1913.

Finalmente como muestra de este relajamiento de las clases altas el 23 de julio de 1913 contrajeron matrimonio Luz Huerta, hija del señor presidente de la república y el capitán Luis Fuentes, celebrado en la parroquia de San Cosme y la ceremonia civil mencionada en las revistas y periódicos de la época.

LA LLEGADA DE LOS CONSTITUCIONALISTAS A LA CIUDAD DE MÉXICO

Desde el golpe de Estado de Huerta, numerosos grupos en el norte y centro del país empezaron a realizar movilizaciones para sacar al “traidor” del gobierno nacional. Así pues, tanto las fuerzas del norte, agrupadas en torno a Obregón, González, Villa y Carranza, como el Ejército Libertador del Sur, empezaron a planear la ofensiva hacia la capital de la nación. Los zapatistas siempre se mantuvieron muy cerca de la ciudad de México, un tanto para hacer presión como para tratar de contrarrestar los ataques de los federales huertistas y se concentraron principalmente en Milpa Alta, Tulyehualco, San Pablo Ostotepec, Contreras y Xochimilco.

Tal como lo relata la historia, a través del Plan de Guadalupe se buscó el desconocimiento de Huerta y la formación del ejército constitucionalista, así como la designación de Carranza como jefe de la Revolución. Sumado a esto, las presiones que enfrentó el gobierno de Huerta por la invasión estadounidense a Veracruz el 21 de abril de 1914, provocaron el colapso final de su gobierno y su renuncia el 15 de julio de 1914.

Las fuerzas de Obregón y Pablo González entraron a la ciudad de México el 15 de agosto de 1914, secundados por Carranza el 20 de agosto del mismo año, acompañadas del repique de campanas en todos los templos y silbatos de todos los trenes y la música de las bandas de guerra que no cesaban de poblar el aire con sus notas marciales (véase mapa 1).

Al entrar estas fuerzas, muchos de los que habían simpatizado con el régimen huertista se vieron en severos aprietos, ya que al salir los 8 000 federales y los 2 500 gendarmes que los resguardaban quedaron sin protección alguna. Una vez instaladas las nuevas fuerzas en el poder, se empezaron a hacer ciertas modificaciones: se envió a las tropas a los sitios designados de antemano, y las casas señoriales de los más connotados partidarios del porfirismo que aplaudieron y secundaron la conducta de Huerta, fueron ocupadas como oficinas gubernamentales o para alojar a los revolucionarios; por ejemplo, la casa del Alberto Braniff fue ocupada por el general Álvaro Obregón, la de Joaquín P. Casasús por el general Lucio Blanco, la de Ignacio de la Torre y Mier por el general Pablo González y la de Tomás Braniff por el general Rafael Balbuena (*Historia gráfica...*, 1958:777).

Entre los cambios que empezó a experimentar la ciudad y con ella sus pobladores, estuvo la nueva emisión de papel moneda de 5, 10 y 20 centavos, que eran

unos cartoncitos de 6 centímetros de largo por 3 de ancho que llevaban el escudo nacional al anverso y la cifra de su equivalente, conocidos como “coloraditos”. Esto ocasionó, como se vio posteriormente, cierta inquietud entre los humildes de las barriadas ante la imposibilidad de hacer compras debido a la falta de estos billetes.

Habría que señalar cuál fue la situación de los habitantes de la capital con el arribo de estas fuezas, ya que si bien es cierto al principio se comportaron con mesura y corrección con la población civil, poco después empezaron a armar escándalos y zafarranchos (Ramírez Pancarte, 1939:70).

Además, en la capital se produjo una huelga de tranviarios secundada por los cocheros de carruajes de alquiler que paralizó todo el tráfico y ante la alarma de la población, los huelguistas realizaban actos de sabotaje en los carros y coches abandonados, atacaban a los “esquirols” y en los encuentros con la policía hubo algunas víctimas, además de que el comercio tuvo que cerrar sus puertas. Lo que pedían era el reconocimiento de su sindicato y un aumento de salarios. En virtud de la huelga de tranviarios, el ferrocarril del ejército constitucionalista se comprometió a dar servicio entre la estación Colonia y la población de Tacuba cada hora empezando a las 6:30 a.m. y hasta las 9:30 p.m.

Otra de las calamidades que la población empezó a sufrir en ese momento fue la escasez de alimentos, ya que:

[...] el abandono de las labores agrícolas y ganaderas había desminuido los víveres disponibles y por otra parte las diversas facciones en pugna acaparaban granos y carnes, frutas y semillas en las zonas que controlaban. Además, las comunicaciones, los ferrocarriles, que se ocupaban de movilizar tropas eran objeto de frecuentes voladuras (locomotora loca), por lo que la capital sufría de escasez de alimentos al grado de que el pan, tortillas y frijoles eran artículos de lujo y obtenerlos era motivo de grandes colas.¹⁰

En octubre se había convocado en la ciudad de Aguascalientes a la famosa reunión para conciliar divergencias, conocida como “La Convención de Aguascalientes”, con Zapata, Villa, Obregón, González y Carranza, con el fin de llegar a acuerdos acerca de quién detentaría el poder, con los resultados ya conocidos por la historia, y cuya disolución definitiva fue el 10 de noviembre de 1914.

En cuanto a estos acontecimientos, es importante señalar que los habitantes de la capital estaban muy poco informados ya que los diarios que más circulaban eran los de los constitucionalistas, por lo que era más común entre los capitalinos intuir lo que sucedía, utilizando la voz de la calle con grupos que se formaban a la luz de los arcos, en cantinas o en centros de reunión, lo que provocaba ambigüedades, el alza de los precios de los víveres y la disminución de las labores en las fábricas, obradores y talleres.

¹⁰ Testimonio de Ramón G. Bonfil, *Mi pueblo en la Revolución*, p. 59.

En cuanto a los eventos o espectáculos que se dieron en esta etapa es importante destacar que don Venustiano Carranza había suspendido las corridas de toros por considerarlas un espectáculo cruel y salvaje, y fomentó las funciones de opera gratuitas, en donde se escuchó al gran Caruso, a la extraordinaria Rosa Raisa y la gran mezosoprano Tita Rufo.¹¹ Los espectáculos en los teatros tampoco se suspendieron: por ejemplo en el Abreu, El Trovador y El Mexicanito se presentaban carnavales de niños; en el Colón, la novela de un joven pobre, en el Principal las tandas con zarzuelas de género chico, y en el Ideal y Esperanza Iris la opereta “Eva”.¹²

También durante este período se celebraron eventos sociales como la *kermesse* organizada por los alumnos de la Escuela Superior de Comercio el 20 de octubre de 1913 en la Alameda y cuyos fondos se destinaron a la Cruz Roja; en el Country Club se dio una animada partida de tenis con aficionados a este deporte, en la cual tomaron parte distinguidas jóvenes de la colonia estadounidense, y por la tarde se sirvió té a la inglesa. Se celebró una *kermesse* en el Tívoli del Elíseo en beneficio de las víctimas de la Revolución patrocinada por la inspección general de policía; hubo funciones taurinas para llevar recursos a las familias de los heridos y muertos del Ejército Constitucionalista, en las que participaron en una novillada y jaripeo a la mexicana Rosendo Béjar y Agustín Escajadillo y los charros José Becerril y José Velasco, con precios de 50 centavos en tendido de sombra y 20 centavos en tendido de sol en la Plaza de la Condesa.¹³

Antes de su salida, las fuerzas constitucionalistas se dedicaron al saqueo total de la ciudad, los habitantes enfrentaban una enorme carestía y escasez de víveres, la devolución del papel moneda y la falta de trabajo en centros de producción, además de la precaria seguridad social. Se realizó una requisa de acémilas y caballos, despojando así a la población de lo que había en sus mesones y corrales, como medida de presión de los zapatistas hacia los constitucionalistas, ya que éstos habían cortado el caudal de agua potable proveniente de Xochimilco, por lo que podemos imaginar la situación de los habitantes de la capital en esos momentos.

Los carrancistas habían dejado una honda huella de descontento, ya que se tenían bien presentes sus abusos, continuos escándalos e impunidad, por lo que el ciudadano común los consideraba déspotas y crueles (Ramírez Plancarte, 1939:242).

EL EJÉRCITO LIBERTADOR DEL SUR Y LA DIVISIÓN DEL NORTE (EJÉRCITO CONVENCIONISTA)

Para fines de noviembre las relaciones con el gobierno de la Convención ya se habían roto, y se resolvió designar como presidente provisional al general Eulalio

¹¹ Testimonio de Vargas Sánchez Eduardo, *op. cit.*, pp. 157-158.

¹² *Revista de Revistas*, agosto, 1914.

¹³ *El Pueblo*, diario de la mañana, 2 y 7 de octubre de 1914.

Gutiérrez con el reconocimiento de las fuerzas villistas y zapatistas. En tal virtud, Carranza se dirigió a Veracruz e instaló ahí su gobierno, por lo que las fuerzas convencionistas entraron a la capital el 24 de noviembre de 1914, sin violencia, sin saqueo, sin daño a la población, llegando primero los zapatistas y el 6 de diciembre los villistas (mapa 2).

Todos los llanos de Chapultepec, Anzures y Paseo de la Reforma, estaban invadidos por numerosos contingentes de tropas de caballería, infantería y artillería con una columna de 50 000 hombres. Emiliano Zapata, al frente de sus tropas, avanzaba desde los pueblos de Xochimilco, San Ángel y Mixcoac hasta el sitio señalado de reunión en la Calzada de la Verónica. Francisco Villa salió del pueblo de Tacuba en los terrenos de la Hacienda de los Morales, Molino del Rey y se reunió con el jefe del ejército del sur, iniciando una marcha triunfal por el Paseo de la Reforma, las avenida Juárez y Plateros, hasta llegar al Palacio Nacional.

Los habitantes de la ciudad no dejaban de admirar la caprichosa indumentaria de este temible ejército. Los soldados de la División del Norte (Dorados) llevaban sombreros de charro, otros, sombreros texanos y muchos más aparecían perfectamente uniformados con gorra militar. El Ejército del Sur se distinguía por la manera de vestir de sus hombres: sombrero muy ancho de petate, donde podían acomodar su pan, el pañuelo y otras cosas de peso ligero.

Precisamente se habla mucho de la impresión que este último ejército dejó entre los habitantes de la ciudad, ya que casi todos traían colgando del cuello escapularios, medidas, rosarios, cordones con medallitas, relicarios y amuletos, además de que en la copa del sombrero traían efigies de santos especialmente los de la virgen de Guadalupe, del señor de Chalma y nuestra señora de los Remedios.

Dentro de las primeras acciones que llevó a cabo la Convención fue la de prohibir la circulación de papel moneda emitido por los constitucionalistas, quedando sólo aceptados los llamados “dos caritas” y “sabanas”. Así, cuanto cartón caía en manos de los zapatistas era destruido, provocando enormes problemas para la población que carecía de los medios para adquirir víveres, por lo que Zapata mandó troquelar monedas para saldar la situación. Sin embargo, los almacenistas empezaron a encarecer todo y el valor del dinero que habían dejado los carrancistas era cada vez menor.

Debido a la mala alimentación y las privaciones comenzaron a hacer su “aparición enfermedades como la escarlatina, la viruela negra y el tifo; la carencia de medicinas, aumentó el número de defunciones y en el Jardín de Loreto, lugar en donde se abordaba ‘La Gaveta’, tranvía popular para transportar los cadáveres a la fosa común en Dolores, se formaban hileras de éstos”.¹⁴ *El Pueblo* publicó en noviembre de 1914 que en Coyoacán se registraron en la población varios casos de tifo, viruela y meningitis, todas enfermedades contagiosas, localizadas en el Hospital Militar de Churubusco.

¹⁴ Testimonio de Ramón G. Bonfil, *op. cit.*, p. 60.

Entre los acontecimientos más frecuentes de estos días estaban los asaltos a los “empeños”, generalmente propiedad de los españoles, con el fin de saquearlos y obtener recursos para sobrevivir y comprar víveres. Otro hecho que causó gran sorpresa fue la orden girada por Villa de sacar de la cárcel a comerciantes abusivos para barrer las calles; con el objeto de terminar con la serie de atracos que se venían dando en la ciudad giró órdenes de hacer redadas de rateros para embarcarlos a las Islas Marías.¹⁵ El diario *El Pueblo* publicó el 7 denoviembre de 1914 que los vendedores de azúcar que podían vender el kilo a 26 centavos lo llegaban a cobrar hasta 40 centavos, señalando a los españoles que tenían sus comercios en la colonia Santa María, las calles de Álamo y en la Indianilla, tachándolos como los peores comerciantes para el público.

Al contrario de lo ocurrido con los constitucionalistas, prevalecía un ambiente de simpatía por los zapatistas por su manera de conducirse, sin emplear la violencia con nadie, además de su fe, abnegación y entusiasmo para sostener su causa y que tenían un acuerdo respecto de las labores del campo: los que trabajaban ayudaban a los que andaban en campaña y de esa manera lograban sostenerse. Esa simpatía se vio reflejada en poesías y canciones, de las cuales sólo reproduzco las más significativas:

EL 30-30

¡Qué pobres estamos todos
Sin un pan para comer,
Porque nuestro pan lo gasta
El patrón en su placer!
Mientras él tiene vestidos
Y palacios y dinero,
Nosotros vamos desnudos
Y vivimos en chiqueros.

EL ABANDONADO

Me abandonaste mujer, porque soy muy pobre
Mi desgracia mujer es que sea casado,
Pues qué he de hacer si yo soy el abandonado
Abandonado tan sólo por tu amor.
Tengo tres vicios, los tengo y los he adoptado:
de ser borracho, jugador y enamorado,
Pues qué he de hacer si yo soy el abandonado
y abandonado tan sólo por tu amor.

¹⁵ Testimonio de Ángel Miguel Tovar, *op. cit.*, p. 76.

La escasez y carestía de los artículos de consumo no se atenuaba debido los efectos producidos por la necesidad de importar ciertos artículos, y en cuanto a los ferrocarriles, muy pocos carros de cereales llegaban a los mercados y los pocos que venían de legumbres y frutas de los estados controlados por el Ejército Libertador, que eran Morelos, México, Guerrero, Puebla y Tlaxcala no eran suficientes para satisfacer las necesidades de la ciudad. Por lo que respecta a los productos provenientes de los estados del norte, no podían llegar a la ciudad pues los trenes estaban ocupados por las tropas.

Aunque la ocupación de los convencionistas no fue del agrado de algunas clases sociales, aún se celebraban con reserva ciertas reuniones en privado: en noviembre de 1914 en el Parque Club Marte Gacetilla, Azcapotzalco, se llevó a cabo un sensacional partido de *base-ball* entre los Clubes Mexican, Cuban Stars y Marte y hubo una corrida a beneficio de los soldados en la plaza "Rodolfo Gaona" con los matadores Manuel M. del Toro y Abel Argüelles.¹⁶ En cuanto a los espectáculos de teatro o de cine, resultó evidente una disminución del número de actividades, por lo que la gente de la ciudad se conformaba con algunos eventos en las calles y las tropas con las cantinas.

LA SEGUNDA LLEGADA DE LOS CONSTITUCIONALISTAS

Desde que Carranza abandonó la ciudad con rumbo a Veracruz, inició el reordenamiento de sus fuerzas cuya estrategia era atacar primero a Villa y traerlo al norte para después llegar a la ciudad de México y enfrentar a las desmembradas tropas de Zapata. Después de los combates en Celaya, León y Trinidad iniciados en abril de 1915, lograron la derrota en julio del mismo año, con lo que empezó la evacuación de los convencionistas de la capital.

Así, el 28 de enero de 1915 salieron de la capital los últimos restos de las fuerzas del Ejército Libertador rumbo a la estación de Tepexpan, aunque siempre se mantuvieron en los límites de la ciudad.

A pesar de que el ayuntamiento había prometido garantizar el orden, el comercio y demás establecimientos públicos, éstos no abrieron y los trenes y coches dejaron de correr, paralizándose así las actividades.

Las fuerzas constitucionalistas llegaron el 28 de enero alrededor de las 16:00 horas por el rumbo de Peralvillo, provocando pánico entre la población, la cual corrió a resguardarse a sus hogares. Esta vez no se echaron a vuelo las campanas de catedral como en otras ocasiones, y las calles que desembocaban al zócalo, antes plétóricas de gente, ese día estaban vacías.

Al día siguiente empezaron a imponerse las medidas del nuevo cuartel general. Estaba estrictamente prohibida la circulación del papel-moneda convecionista,

¹⁶ *El Pueblo*, diario de la mañana, noviembre de 1914.

exigiéndose el pago con los “coloraditos” emitidos en Veracruz, los cuales habían llegado poco a la ciudad. Nuevamente la gente comenzó a tener enormes dificultades para proveerse de lo necesario para subsistir, provocando grandes tumultos en la zona de los almacenes de alimentos (Merced, Capuchinas, Uruguay y anexas).

Uno de los tantos rumores que aparecieron ante esta situación, fue que por el rumbo de San Lázaro, por la estación del Interoceánico los carrancistas estaban dando dinero provocando grandes colas, por lo que algunos comisionados por la “Junta Revolucionaria de Auxilio al Pueblo”, recibieron del general Obregón la suma de 500 000 pesos para obsequiarlos en montos de 5, 10, 15 hasta 20 pesos en billetes constitucionalistas (Ramírez Plancarte, 1939:319). También en los puestos de los mercados se reanudaron las transacciones ante la llegada del nuevo dinero.

Las colas en las panaderías y molinos de nixtamal seguían siendo enormes, empezaban en las primeras horas de la mañana para que las personas pudieran adquirir en medio de estrujones, empellones y groserías, unas cuantas tortas amarillentas de repugnante olor, hechas de harina de haba amasada con agua tequesquitosa o unos pambazos de salvado revuelto con serrín; también se hacían colas para adquirir leña, y en cuanto al carbón, éste era un artículo de lujo (Ramírez Plancarte, 1939:424).

Las clases “pudientes”, empezaron a sufrir por esta situación a tal grado que muchos cambiaron pianos, joyas, perros chihuahueros, pianolas o fonógrafos por maíz o frijol.

En los puestos del mercado sólo se encontraban acelgas, quintoniles (quelites) verdolagas y ahauatles, consideradas de primera necesidad, aunque los más cotizados eran sin duda los nopales. Las diferentes clases de frijol desaparecieron y de casualidad se encontraban los negros ya agorrajados, y muchos tuvieron que aventurarse a buscar víveres a los pueblos cercanos aunque en ello se jugaban la vida.

El aspecto de la ciudad realmente era desastroso, ya que ni siquiera se podía pasar por el empedrado debido a la gran cantidad de hoyancos y montones de basura acumulada. Los parques y jardines desaparecieron pues sus arbustos y árboles fueron convertidos en leña.

El arte escénico era mediocre y con un escaso público, aunque se inauguró el Teatro Alarcón con la obra “La Malquerida”, que logró levantar un poco el ánimo entre los capitalinos. En el Teatro Mexicano se estrenó “La Garra”, comedia anticlerical, y en cuanto a la zarzuela, los teatros funcionaban intermitentemente, con tandas de obras españolas de género chico, y en donde muchos de los dueños dejaban pasar pagando dos tamales o un elote por entrada (Ramírez Plancarte, 1939:463).

Por todo ello, los constitucionalistas se referían a la ciudad de México como “la ciudad corrompida”, “la ciudad maldita”, y la “ciudad de las infamias” (Rutherford, 1978:309).

No quisiéramos terminar este trabajo sin hacer mención de las mujeres, muchas de las cuales tuvieron un papel muy importante, ya sea preparando los ali-

mentos de las tropas, como apoyo moral, como compañía, otras trabajando como empleadas y secretarias, como espías y contrabandistas de municiones. Ello indudablemente cambió sus vidas, ya que estaban habituadas a ser señoras de la casa, y esto no sólo pensando en aquellas mujeres que seguían a la tropa, sino las que permanecieron en la ciudad una vez que se llevaron a los hombres a luchar en los diferentes ejércitos. Estas mismas mujeres tuvieron que salir en busca del alimento para sus hijos y a fuerza de esa lucha lograron cierta emancipación que tuvo efectos posteriores. Aunque se hizo un mito de esa Adelita o Valentina, en realidad es muy cierto que las mujeres fueron uno de los instrumentos necesarios para llevar a cabo la Revolución mexicana.

CONCLUSIONES

A lo largo de las páginas de este trabajo, el objetivo central fue presentar las condiciones sociales y generales que imperaron en la ciudad de México durante los años de 1913-1915, en los cuales la entrada y salida de los diversos ejércitos revolucionarios fue muy importante, ya que marcaron claramente los acontecimientos y la vida cotidiana de la ciudad.

Entre las condiciones que tuvo que enfrentar en cada ocasión la gente de la ciudad estaban el hambre, la carestía, la falta de dinero (o los cambios de las monedas), los comportamientos de las diferentes tropas, los saqueos, la presencia constante de la muerte, así como la asistencia a ciertos eventos o espectáculos que al menos les brindaban algo de distracción.

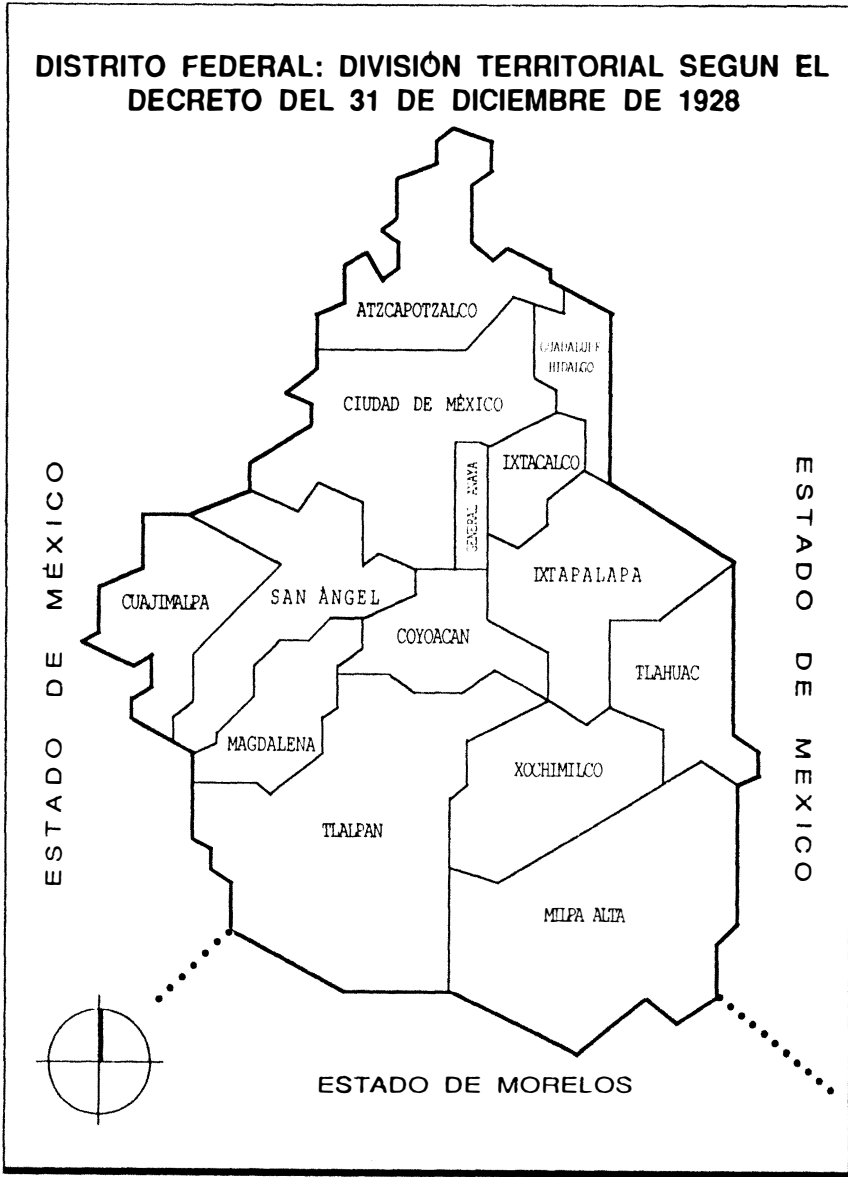
Es importante aquí rescatar que la Revolución, el hecho mismo de estar en guerra, produjo cambios en las formas de vida, en donde se rompieron esquemas tradicionales y la sobrevivencia se convirtió en el centro medular de la vida cotidiana de los habitantes de esta ciudad, la cual por ser siempre sede del poder se vio amenazada por los distintos ejércitos (hoy en día observamos que las distintas manifestaciones que vienen hacen sus reclamos en el zócalo). Hubo un cambio incluso en la alimentación, ya que al escasear algunos víveres los habitantes tuvieron que hacer gala de inventiva para poder alimentar a las familias.

Era también sorprendente ver cómo se daba una especie de intercomunicación para avisar dónde había saqueos, víveres o dinero, e incluso puede pensarse que había cierto tipo de camaradería o ayuda mutua para lograr sobrevivir ante la adversidad de esos años, aunque una vez consumada la Revolución, las clases sociales y sus integrantes ocuparon nuevamente cada cual su lugar.

BIBLIOGRAFÍA

- Almanza Huesca, Beatriz (1992), *El proceso de urbanización de la ciudad de México (1920-1928)*, inédito, Facultad de Filosofía y Letras, México.
- Berra Stoppa, Ericka (1982), *La expansión de la ciudad de México y los conflictos urbanos 1900-1930*, tesis para obtener el grado de doctor en Historia, Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, México.
- Cardoso, Ciro, et al. (1976), *Los métodos de la Historia*, Ed. Grijalbo, México.
- Cruz Rodríguez, Ma. Soledad (1992), *La institucionalización de la Revolución y los procesos urbanos en la ciudad de México (1920-1928)*, tesis para obtener el grado de maestra en Historia de México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México.
- El Herald del Hogar* (1913), revista quincenal, órgano de la sociedad "Alcancía para la familia", fundador, director y propietario, Benito Torres, año VII, núm. 1.
- El Disloque*, revista semanal ilustrada de espectáculos, artículo 2a. clase, director y propietario, Vicente A. Galicia.
- El Pueblo* (1914), diario de la mañana, México.
- La Guacamaya* (1913), época III, núm. 1, año IX, publicación dominical, Dr. Fernando P. Torroella, México.
- Fell, Calude (1991), "La Revolución mexicana en el relato autográfico", en *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*, vol. 1, INHERM., México.
- González, Francisco (1991), *Historia de México 2. Del porfirismo al neoliberalismo*, Textos Universitarios, Ed. Quinto Sol, México.
- González, González, Luis (1973), *Invitación a la microhistoria*, SepSetentas, núm. 72, México.
- Historia General de México* (1988), tomo II, Colegio de México, México.
- Mi pueblo durante la Revolución* (1985), tomos I y II, Colección divulgación, INAH, México.
- Morales, Dolores (1978), "La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX: El caso de los fraccionamientos", en Moreno Toscano, A. (coord.), *Ciudad de México. Ensayo de construcción de una Historia*, SEP-INAH, México.
- Monsiváis, Carlos (1992), "Sobre tu capital, cada hora vuela", en *Asamblea de ciudades*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, INBA, México.
- Pérez Rayón, Nora (1989), "La formación y desarrollo de la burguesía en México durante el porfiriato: los Escandón Barrón y los Escandón Arango", en *Revista Sociológica*, enero-abril, UAM-Azcapotzalco.
- Ramírez Plancarte, Francisco (1939), *La ciudad de México durante la Revolución constitucionalista*, Ed. Impresores Unidos, México.
- Revista de Revistas*, El Semanario Nacional, México, 1913-1914, Director Fernando R. Galván.
- Rutherford, John (1978), *La Sociedad Mexicana durante la Revolución*, Ed. El Caballito, México.

- Salgado, Eva (1985), "Fragmentos de Historia Popular II. Las mujeres en la Revolución", en *Revista Secuencia*, núm. 3, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, septiembre-diciembre, México.
- Turner, Frederick C. (1976), "Los efectos de la participación femenina en la Revolución de 1910", en *Historia mexicana*, núms. 4 y 64, vol. XVI, abril-junio.
- Unikel, Luis (1978), *El Desarrollo Urbano de México*, Colegio de México, México.



MAPA 1
PRIMERA LLEGADA DE LOS CONSTITUCIONALISTAS

